

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La educación de la juventud

Los buenos padres y madres de familia encuentran inmensas dificultades para educar y formar cristianamente a sus hijos e hijas. La pobre juventud, que sale de casa para ir a la escuela, al taller, a la oficina y al trabajo, se halla expuesta a mil peligros de ser asesinada en su alma por las malas compañías, por los libros y periódicos infames que pululan en todas partes, por las conversaciones asquerosas que tienen que oír, por las inscripciones y carteles que ensucian las paredes, oprobio de la moral y del arte, indignos de pueblos civilizados y educados. Y vosotros tembláis, buenos padres y madres de familia; os estremecéis por la posibilidad de ver regresar a casa, por la noche, a vuestros hijos cambiados, pervertidos y seducidos.

No obstante todas estas dificultades se puede, y se debe también, lograr mantener inmaculado el corazón de los hijos.

Vigilad, buenos padres y madres. Cuando vuestros hijos están en la casa, tended el oído atento a sus conversaciones, y no será difícil descubrir si hayan sido mal impresionados en la escuela, en el taller o por la calle. Cuando están fuera de casa, vuestra mirada y vuestro oído no pueden vigilar, pero el corazón, sí: sabed discretamente informaros de ellos mismos con quién han tratado, con quién se acompañaron en la ida y vuelta. Vigilad que ningún libro o periódico inmoral entre en vuestra casa, pase por las manos de vuestros hijos. ¡Oh qué daños tan inmensos producen los malos libros y periódicos! Creedlo: no hay en nuestros días peor asesino para la juventud que el periódico o el libro infame y torpe: dichas publicaciones no parecen ya escritas por hombres, sino por el mismo demonio, que es esencialmente *espírita temudo* como dice el Santo Evangelio.

Corregid: suponed que los hijos no tengan defectos, sean como ángeles, formados de otra sustancia o naturaleza distinta de la vuestra, es una ilusión de muchas madres con respecto a los niños de pocos años, de los cuales, cuando tengan 12 años, ya no saben hacerse obedecer ni respetar. **Corregid**, ¿qué es? El jardinero corrige la plantilla de follaje demasiado exuberante, **podándola**, para que crezca más vigorosa y fructífera; el agricultor **corrige** un prado, un campo, abonándolo convenientemente cuando no producen la cantidad y calidad que deben. Del mismo modo los padres y madres de familia deben corregir en sus hijos, — plantas humanas, como los llama José De Maistre, — cuanto vean poco conforme con la ley de Dios.

Los padres y madres que así hacen, con su buen ejemplo edifican a la prole, están seguros: vivirán eterna-

mente en el corazón de sus hijos, y serán consolados con una prole feliz en el tiempo y en la eternidad.

Al Corazón de Jesús

¿Qué importa del error el vano alarde,
Ni que la luz de la razón que oscila
Si baña rico sol nuestra pupila,
Aunque amenace declinar la tarde?

Si a la luz de la Fe que España guarde
El alma fuerte, que jamás vacila
Y en las trincheras con afán vigila,
Descubre un Sol que por nosotros arde?

Divino Sol, tu llama abrasadora
Las nieblas rasgue de la insana tierra,
Tú las penumbras de sus valles doras.

Tú sus errores, con tu luz, destierras,
Tú derramas la lumbre redentora
Que en Ti, Divino Corazón, se encierra.

RIQUELME

Estudios Sociales

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Consideremos a la hija de Padl en los esplendores del sacrificio, realizada con el marco de la humildad que le da más belleza a ese ángel de la humanidad.

Estamos en el fragor de una lucha encarnizada, el estruendo del cañón, los gritos de los combatientes y los ayes de los heridos hacen más terrorífico el sitio del combate.

Arboles tronchados por el huracán de la metralla, mieses quemadas y prados pisoteados, la noche se avasalló y entre los cuerpos de los combatientes muertos, entre los ayes de agonía de los moribundos, entre todo esto, digo, que semeja un vasto cementerio; expira un moribundo, lejos de su patria, abandonado de su familia ha caído herido mortalmente defendiendo con su sangre la enseña inmaculada de la patria; próximo está a entregarse a la desesperación acrecentada por el lúgubre cuadro que se desarrolla a su alrededor, cuando una sombra blanca aparece buscando algo con noble afán y aunque agonizante la ha reconocido en aquella tova blanca, hace un esfuerzo supremo y sus labios cárdenos y amoratados pronuncian el dulce nombre de **Madre!**

Ya puede morir tranquilo y resignado, ya no muere solo, pues aquel ángel que vela a su lado sin cuidarse de sí es del bando contrario o no, quita todos sus pesares y sirve de lenitivo a sus más crueles dolores.

¡Oh!, y cómo se admira el corazón humano al llegar aquí! ¿Calificaréis todavía de fanáticos a esos ángeles que velan la muerte y cierran los ojos del infeliz soldado que muere en el campo de batalla después de haber escrito con su sangre una gloria más en la historia de su patria?

¡Anarquistas y socialistas que que- más conventos en días de luto para la

Madre Patria, yo os reto a que vayáis a hacer lo que hacen esos ángeles, yo os reto a que cerréis los ojos al moribundo en el campo de batalla entre el galopar de los caballos, el silbido de las balas, el humo del cañón y los gritos de los combatientes.!

Pero no, no irán, no sirven nada más que para destruir esas casas de religiosas, en las cuales se alberga la virtud y asesinar mujeres indefensas.

Suponed por un instante que esos hombres (si acaso conservan un resto de valor), se hallan en el campo de batalla, y el más blasfemo, aquel de cuya boca no salen nada más que maldiciones espantosas y cuyos ojos echan chispas de furor satánico, está herido, sus labios ardientes pronuncian horrendas blasfemias pisoteando todo lo más santo y al autor de la santidad que es Dios, su cara lívida y descompuesta es el retrato del mar de monstruosas y agitadas pasiones que bullen en su corazón y en aquellos instantes supremos esas pasiones siempre desenfrenadas y nunca dominadas se muestran en sus más fieros instintos, sus ojos buscan la víctima, en la cual hundirá el puñal que agita furioso en sus descarnados brazos mientras le restara un poco de vida, se halla en un hospital cuidado por aquellas hermanas que un día arrojó de su convento.

De pronto mira a su alrededor, sus pupilas se contraen, su boca arroja espumarajos y otra vez se desarrollan los crueles instintos de aquella fiera que en tiempos anteriores quemó conventos y asesinó religiosas. ¿Qué ha visto? Una figura bella cual una aparición se presenta ante su vista, en sus ojos azules se ve la paz que existe en su alma y su frente serena, cual las aguas de un lago no revueltas por la tempestad, da a conocer el imperio de su razón sobre las pasiones, su voz suave y sonora se deja oír y la hermanita de la Caridad pregunta al herido: ¿Hermano, estáis mejor? Ruge la fiera y una blasfemia inmunda salpica de cieno la frente púdica y sencilla de aquel ángel, que no se arredra; le presenta la tizana refrigerante que lleva en sus manos y el blasfemo la oge y la lanza con furor diabólico a la blanca frente de la hermana gritando el energúmeno: «Toma holgazana, ves a hacer burla a otra parte y márchate de aquí, no te necesito, me causa tu presencia».

La sangre ha corrido por el rostro de la buena hermanita, se limpia, y presurosa cual si nada hubiera ocurrido, marcha a la cocina, trae otra taza de caldo y se la presenta al herido diciéndole: «Tomad y dispensad, pues os había dado el caldo muyroso y vos hicisteis bien al mostrarme mi descuido... y... se queda impávida aguardando la contestación.

¡He aquí el retrato del verdadero sacrificio! he aquí esa mujer sublime ante cuyo nombre el mundo civilizado debiera descubrirse y ponerse de rodillas! he aquí una falange de héroes

más grandes si cabe que Alejandro el Magno y Napoleón, cuyos nombres ya cen sepultados en el olvido y que sólo pasan ante las multitudes con su toca y su velo humilde mientras el vulgo dice: ¡Ahí va una Hermana de la Caridad!

ANTONIO REDONDO

Sesión de espiritismo

I

Era Joseliyo el ebanista de más fama que había hecho algunos años en la oriental Granada. Y bien merecida que era, porque a su condición de ebanista unía la de tallista, y en lo tocante a muebles, lo mismo dejaba él admirablemente perfilado un armario Luis XV, que un estrado de trazos irregulares, de esos que se llaman *moderistas* y que dentro de unos siglos será anacrónico denominarlos así.

Pero en lo que más se distinguía, hasta el punto de que su fama traspasó las fronteras, era en la construcción de muebles árabe, con incrustaciones en nácar y plata. Sabía imprimirles también, a manera de incrustación, la patina que debieran tener si hubiesen sido hechos en los tiempos en que en la nueva Damasco imperaba la corte sarracena, o cuando el Califa brillaba en Córdoba en todo su apogeo.

Los anticuarios de la ciudad de los cármenes se habían puesto de acuerdo con Joseliyo, y más de un taburete pasó a Inglaterra y a Francia pagado a buen precio en francos o en libras esterlinas como si lo hubiese usado Boabdil el Chico o Abderramán III.

Tenía bien aprovechados Joseliyo sus veinticuatro años.

El arte liberal a que se dedicaba, y su industria de engañifa haciendo pasar por antiguo lo moderno, pintan el carácter de Joseliyo, un tanto escarregón para lograr su objeto, riéndose para su capote de los olientes de los anticuarios.

II

Un día se presentó en el taller de Joseliyo un señor alto y delgado, de marcada pronunciación extranjera.

—Negocio tenemos—se dijo el ebanista.—Este gacholís se ha enterado de mis habilidades y quiere entenderse directamente conmigo en vez de tratar con los anticuarios... Veremos si paga mejor que ellos.

Y le recibió con la más afable de sus sonrisas, haciendo al mismo tiempo un gesto picareco, como el que dice:

—Descuide ozté, compare, que en su país no habrá quien dude de que el mueble fue propiedad de la favorita del rey moro que a ozté le plazca.

Pero grande fue su sorpresa cuando el extranjero le encargó un velador de cualquier estilo, que eso era para el visitante *peccata minuta*. Lo que necesitaba era un *trespiés* para... un centro espiritista que iba a instalar.